

Las lecturas de la eucaristía de hoy, martes 19, presentan dos madres que hasta ese momento han sido estériles y reciben de parte de Dios el anuncio de que serán madres. La primera, la del Antiguo Testamento, lo recibe directamente de un “hombre de Dios”, dice ella, “que parecía un ángel de Dios”. La segunda, Isabel, en el umbral del Nuevo Testamento, lo recibe a través de su marido, el sacerdote Zacarías. El evangelista subraya la dificultad de Zacarías para creer en este anuncio, ya que reacciona diciendo al enviado de Dios: “¿Cómo puedo estar seguro de esto? Porque yo soy anciano y mi esposa es de edad avanzada”. Zacarías quiere estar seguro, porque desde un punto de vista humano racional, le parece imposible que se haga realidad ese anuncio, a pesar de que ha orado insistentemente a Dios para que le dé un hijo. Es interesante comparar la reacción de Zacarías con la que tendrá María: ella no pide seguridad, lo que quiere es comprender lo que Dios le anuncia. También ella, como Zacarías, ve una dificultad en la realización del anuncio: “¿Cómo será esto posible, si no conozco varón?” (Lc 1,34). No busca una certeza tangible de que el anuncio se cumplirá, sino que quiere entrar en el camino que Dios le presenta como creyente adulta, comprendiendo lo que Dios quiere de ella. Y, una vez que comprende que ese embarazo será obra del Espíritu de Dios, se entrega por entero a lo que Dios le propone: “Soy la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38).

Esta comparación nos muestra que Dios quiere actuar en el mundo a través de nosotros, pero respetándonos en nuestra libertad. Él nos creó libres, nos dio la capacidad de pensar y nos dio la inquietud de preguntar para tratar de comprender lo que vamos viviendo en nuestra vida. Y él no borra con el codo lo que ha escrito con la mano, respeta infinitamente la creatura a la que le ha dado inteligencia y libertad. María nos enseña, sin embargo, que somos creaturas limitadas, que no podemos erigirnos en jueces de los caminos de Dios, que nos superan infinitamente; que lo mejor para nosotros es que Él haga con nosotros según Su designio, porque confiamos en que quiere lo mejor para cada uno de Sus hijos e hijas.

En los dos anuncios, el del Antiguo y el del Nuevo Testamento hay un detalle que requiere de una explicación para poderlo comprender. Es aquello de no beber alcohol, no cortarse el pelo y no comer nada impuro. Se trata de una costumbre que aparece en el Antiguo Testamento; es un “voto” o juramento, una especie de manda que hacen algunos varones -y, en el caso del libro de los Jueces, también una mujer-, que quieren consagrar su vida a Dios o que reciben el llamado de Dios a que se consagren a Él. Se llama el “nazireato”, y el que se consagra de esa manera es un “Nazir”. El libro de los números desarrolla esta costumbre (Num 6,1-21), que tiene tres obligaciones: no cortarse el pelo, no beber bebida fermentada (es decir, con alcohol) y no acercarse a un cadáver. La nota de la Biblia de Jerusalén da una explicación clara, que resumo. En primer lugar, el “nazir” deja que actúe en él la fuerza creadora de Dios, sin intervención humana que la limite: por eso no se corta el pelo. En segundo lugar, el “nazir” se aparta de la vida fácil, llena de fiestas, en las que el alcohol juega un rol de primera importancia: por eso no bebe licor. Finalmente, se compromete a mantener la pureza, es decir, a evitar todo lo que aparta de Dios, que es enteramente “puro”, ya que Él es vida plena, sin sombra de muerte. Para la mayoría de nosotros, la “pureza/impureza” ha quedado férreamente vinculada a la sexualidad, por una mala interpretación de la Biblia; pero para la Escritura, lo puro es la vida, lo impuro es la muerte. En las creaturas, es impuro todo lo que aparta de Dios, sobre todo la muerte y lo que puede llevar a la muerte y, como la impureza es vista como altamente contagiosa, ya el solo contacto con algo muerto, sea persona o animal, hace a la persona impura. Quizá la experiencia frecuente de que la carne de cerdo lleva a la muerte -hoy sabemos que

provocaba triquinosis, una enfermedad mortal ya prácticamente desaparecida- hizo que Israel considerara al cerdo como animal impuro y se prohibiera comerlo.

### **Lectura del libro de los Jueces 13,2-7 y 24-25**

Había un hombre de Sorá, del clan de Dan, que se llamaba Manój. Su mujer era estéril y no tenía hijos.

El Ángel del Señor se apareció a la mujer y le dijo: “Tú eres estéril y no has tenido hijos, pero vas a concebir y a dar a luz un hijo. Ahora, deja de beber vino o cualquier bebida fermentada, y no comas nada impuro. Porque concebirás y darás a luz un hijo. La navaja nunca pasará por su cabeza, porque el niño estará consagrado a Dios desde el seno materno. Él comenzará a salvar a Israel del poder de los filisteos”.

La mujer fue a decir a su marido: “Un hombre de Dios ha venido a verme. Su aspecto era tan imponente, que parecía un ángel de Dios. Yo no le pregunté de dónde era, ni él me dio a conocer su nombre. Pero me dijo: ‘Concebirás y darás a luz un hijo. En adelante, no bebas vino ni bebida fermentada, ni comas nada impuro, porque el niño estará consagrado a Dios desde el seno de su madre hasta el día de su muerte’”.

La mujer dio a luz un hijo y lo llamó Sansón. El niño creció y el Señor lo bendijo. Y el espíritu del Señor comenzó a actuar sobre él.

### **Evangelio según san Lucas 1,5-25**

En tiempos de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías, de la clase sacerdotal de Abías. Su mujer, llamada Isabel, era descendiente de Aarón. Ambos eran justos a los ojos de Dios y seguían en forma irreprochable todos los mandamientos y preceptos del Señor. Pero no tenían hijos, porque Isabel era estéril; y los dos eran de edad avanzada.

Un día en que su clase estaba de turno y Zacarías ejercía la función sacerdotal delante de Dios, le tocó en suerte, según la costumbre litúrgica, entrar en el Santuario del Señor para quemar el incienso. Toda la asamblea del pueblo permanecía afuera, en oración, mientras se ofrecía el incienso.

Entonces se le apareció el Ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. Al verlo, Zacarías quedó desconcertado y tuvo miedo. Pero el Ángel le dijo: “No temas, Zacarías; tu súplica ha sido escuchada. Isabel, tu esposa, te dará un hijo al que llamarás Juan. Él será para ti un motivo de gozo y de alegría, y muchos se alegrarán de su nacimiento, porque será grande a los ojos del Señor. No beberá vino ni licor; estará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre, y hará que muchos israelitas vuelvan al Señor, su Dios. Precederá al Señor con el espíritu y el poder de Elías, para reconciliar a los padres con sus hijos y atraer a los rebeldes a la sabiduría de los justos, preparando así al Señor un Pueblo bien dispuesto”.

Pero Zacarías dijo al Ángel: “¿Cómo puedo estar seguro de esto? Porque yo soy anciano y mi esposa es de edad avanzada”.

El Ángel le respondió: “Yo soy Gabriel, el que está delante de Dios, y he sido enviado para hablarte y anunciarte esta buena noticia. Te quedarás mudo, sin poder hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, por no haber creído en mis palabras, que se cumplirán a su debido tiempo”.

Mientras tanto, el pueblo estaba esperando a Zacarías, extrañado de que permaneciera tanto tiempo en el Santuario. Cuando salió, no podía hablarles, y todos comprendieron que había tenido alguna visión en el Santuario. Él se expresaba por señas, porque se había quedado mudo. Al cumplirse el tiempo de su servicio en el Templo, regresó a su casa. Poco después, su esposa Isabel concibió un hijo y permaneció oculta durante cinco meses. Ella pensaba: “Esto es lo que el Señor ha hecho por mí, cuando decidí librarme de lo que me avergonzaba ante los hombres”.